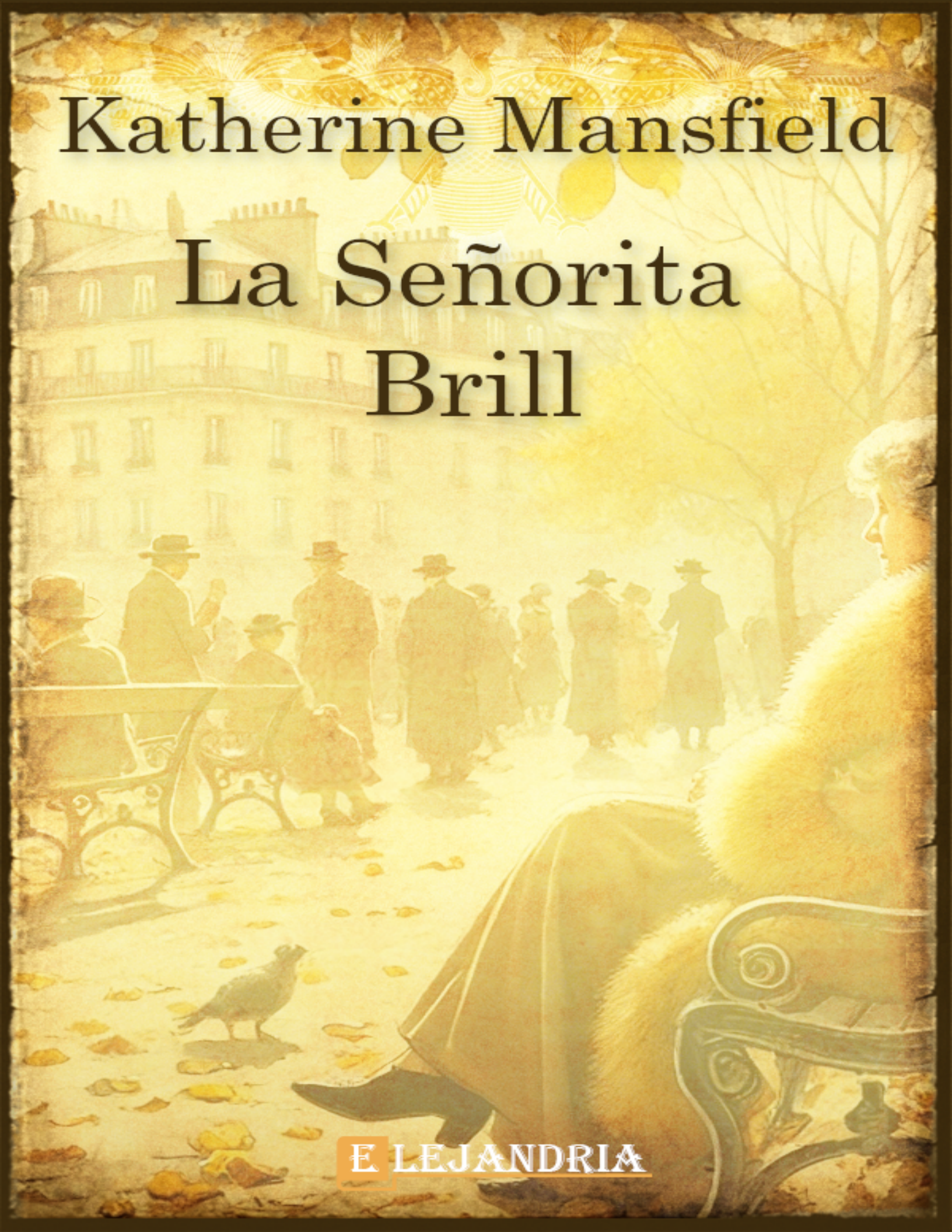




Katherine Mansfield

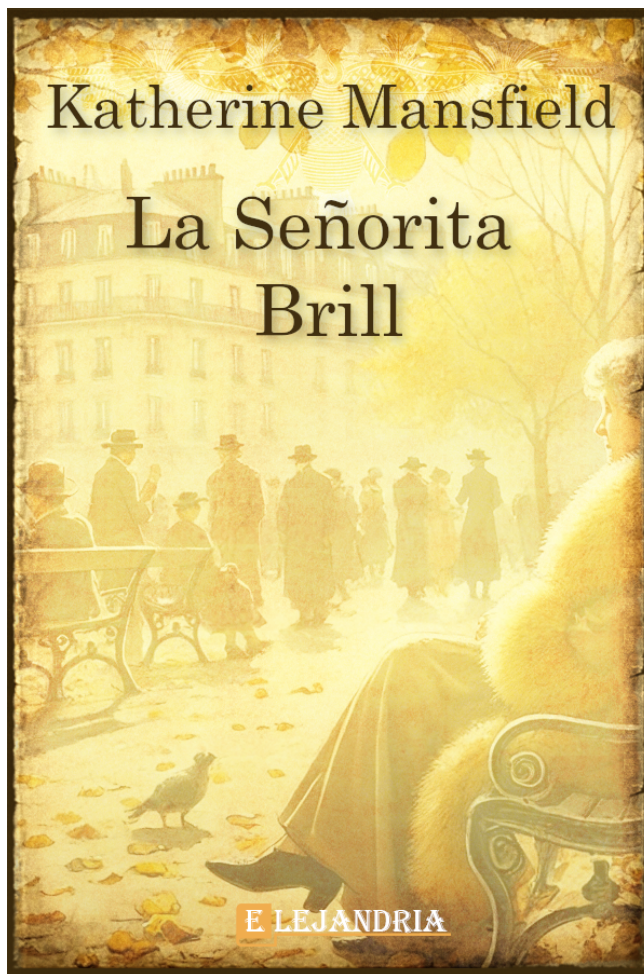
La Señorita
Brill

E LEJANDRIA

Katherine Mansfield

La Señorita
Brill

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA SEÑORITA BRILL

KATHERINE MANSFIELD

PUBLICADO: 1920

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: CONSTABLE AND COMPANY LIMITED, 1922

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA SEÑORITA BRILL

Aunque hacía un día tan espléndidamente bonito—el cielo azul espolvoreado de oro y grandes manchas de luz como vino blanco salpicado sobre los Jardines Públicos—Miss Brill estaba contenta de haber decidido usar sus pieles. El aire estaba inmóvil, pero cuando abrías la boca sentías solo un leve frío, como el de un vaso de agua helada antes de sorber, y de vez en cuando una hoja venía flotando—de la nada, del cielo. Miss Brill levantó la mano y tocó sus pieles. ¡Querida cosita! Era agradable sentirla de nuevo. La había sacado de su caja esa tarde, sacudido el polvo de polilla, cepillado bien y devuelto la vida a los pequeños ojos tenues. “¿Qué me está pasando?” decían los tristes ojitos. ¡Oh, qué dulce era verlos parpadearle de nuevo desde el edredón rojo! ... Pero la nariz, que era de alguna composición negra, no estaba nada firme. Debió de haber recibido un golpe, de alguna manera. No importa—un poco de cera negra de sellado cuando llegara el momento—cuando fuera absolutamente necesario. ... ¡Pequeño bribón! Sí, realmente sentía así por ella. Pequeño bribón mordiendo su cola justo al lado de su oreja izquierda. Podría habérsela quitado y haberla colocado en su regazo y acariciarla. Sentía un cosquilleo en sus manos y brazos, pero eso provenía de caminar, supuso. Y cuando respiraba, algo ligero y triste—no, no exactamente triste—algo gentil parecía moverse en su pecho.

Había un número de personas afuera esta tarde, mucho más que el domingo pasado. Y la banda sonaba más fuerte y alegre. Eso era porque había comenzado la Temporada. Porque aunque la banda

tocaba todo el año los domingos, fuera de temporada nunca era lo mismo. Era como alguien tocando solo para la familia que escuchara; no le importaba cómo tocaba si no había extraños presentes. ¿No llevaba el director un abrigo nuevo también? Estaba segura de que era nuevo. Rasguñaba con el pie y agitaba los brazos como un gallo a punto de cantar, y los músicos que estaban en la rotunda verde inflaban las mejillas y miraban con furia a la música. Ahora venía una pequeña parte “de flauta”—¡muy bonita!—una pequeña cadena de gotas brillantes. Estaba segura de que se repetiría. Lo hizo; levantó la cabeza y sonrió.

Solo dos personas compartían su asiento “especial”: un buen anciano con un abrigo de terciopelo, las manos entrelazadas sobre un enorme bastón tallado, y una mujer mayor grande, sentada erguida, con un rollo de punto sobre su delantal bordado. No hablaban. Esto era decepcionante, porque Miss Brill siempre esperaba con ansias la conversación. Se había vuelto realmente bastante experta, pensó, en escuchar como si no escuchara, en sentarse en la vida de otras personas solo por un minuto mientras hablaban a su alrededor.

Miró de reojo a la pareja de ancianos. Quizás se irían pronto. El domingo pasado tampoco había sido tan interesante como de costumbre. Un inglés y su esposa, él llevaba un horrible sombrero Panamá y ella botas con botones. Y ella había estado todo el tiempo hablando de cómo debía usar gafas; sabía que las necesitaba; pero que no servía de nada conseguir unas; seguramente se romperían y nunca se mantendrían puestas. Y él había sido tan paciente. Había sugerido todo—monturas doradas, del tipo que rodean tus orejas, pequeñas almohadillas dentro del puente. No, nada la agradaría. “¡Siempre se me van a deslizar por la nariz!” Miss Brill había querido sacudirla.

Las personas mayores se sentaban en el banco, quietas como estatuas. No importa, siempre había la multitud para observar. De un lado a otro, frente a los parterres de flores y la rotunda de la banda, las parejas y grupos desfilaban, se detenían a hablar, a saludar, a

comprar un manojo de flores al viejo mendigo que tenía su bandeja fijada a las barandillas. Niños pequeños corrían entre ellos, zigzagueando y riendo; niños con grandes lazos de seda blanca bajo la barbilla, niñas, pequeñas muñecas francesas, vestidas con terciopelo y encaje. Y a veces un pequeño tambaleante venía de repente meciéndose hacia el abierto desde debajo de los árboles, se detenía, miraba fijamente, y de repente se sentaba “plof”, hasta que su pequeña madre de paso alto, como una gallina joven, corría regañándola para rescatarla. Otras personas se sentaban en los bancos y sillas verdes, pero casi siempre eran las mismas, domingo tras domingo, y—Miss Brill lo había notado a menudo—había algo divertido en casi todos ellos. Eran extraños, silenciosos, casi todos mayores, y por la forma en que miraban parecía como si acabaran de venir de pequeñas habitaciones oscuras o incluso—ide armarios!

Detrás de la rotunda los árboles esbeltos con hojas amarillas colgando, y a través de ellos solo una línea de mar, y más allá el cielo azul con nubes venadas de oro.

¡Tum-tum-tum tiddle-um! tiddle-um! iturn tiddley-um turn ta! soplabla la banda.

Pasaron dos chicas jóvenes de rojo y se encontraron con dos jóvenes soldados de azul, y rieron, se emparejaron y se fueron brazos entrelazados. Pasaron dos mujeres campesinas con sombreros de paja graciosos, solemnemente, llevando hermosos burros de color humo. Una monja fría y pálida se apresuró. Una mujer hermosa pasó y dejó caer su ramo de violetas, y un niño pequeño corrió tras ella para dárselas, y ella las tomó y las tiró como si hubieran estado envenenadas. ¡Dios mío! ¡Miss Brill no sabía si admirarlo o no! Y ahora un gorro de armiño y un caballero de gris se encontraron justo frente a ella. Él era alto, rígido, digno, y ella llevaba el gorro de armiño que había comprado cuando su cabello era amarillo. Ahora todo, su cabello, su rostro, incluso sus ojos, era del mismo color que el desaliñado armiño, y su mano, en su guante limpio, levantada para secarse los labios, era una diminuta pata amarillenta. Oh, estaba tan contenta de verlo—¡encantada! Más bien

pensó que se iban a encontrar esa tarde. Describió dónde había estado—por todas partes, aquí, allá, junto al mar. El día era tan encantador—¿no estaba él de acuerdo? ¿Y él no lo estaría, quizás? ... Pero él sacudió la cabeza, encendió un cigarrillo, respiró lentamente una gran bocanada hacia su cara, y, incluso mientras ella todavía hablaba y reía, tiró el fósforo y siguió caminando. El gorro de armiño estaba solo; ella sonrió más brillantemente que nunca. Pero incluso la banda parecía saber lo que sentía y tocaba más suavemente, tocaba con ternura, y el tambor retumbaba, “¡El Bruto! ¡El Bruto!” una y otra vez. ¿Qué haría? ¿Qué iba a pasar ahora? Pero mientras Miss Brill lo pensaba, el gorro de armiño giró, levantó la mano como si hubiera visto a alguien más, mucho más agradable, justo allá, y se alejó chapoteando. Y la banda cambió de nuevo y tocó más rápido, más alegre que nunca, y la pareja de ancianos en el asiento de Miss Brill se levantó y se marchó, y un hombre viejo tan gracioso con largos bigotes cojeaba al ritmo de la música y casi fue derribado por cuatro chicas que caminaban de a cuatro.

¡Oh, qué fascinante era! ¡Cuánto lo disfrutaba! ¡Cuánto le encantaba sentarse aquí, observar todo! Era como una obra de teatro. Era exactamente como una obra de teatro. ¿Quién podría creer que el cielo de atrás no estaba pintado? Pero no fue hasta que un pequeño perro marrón trotó solemnemente y luego trotó lentamente hasta irse, como un pequeño perro de “teatro”, un pequeño perro que había sido drogado, que Miss Brill descubrió qué era lo que lo hacía tan emocionante. Todos estaban en el escenario. No eran solo el público, no solo observando; estaban actuando. Incluso ella tenía un papel y venía cada domingo. Sin duda, alguien lo habría notado si ella no hubiera estado allí; después de todo, ella era parte de la actuación. ¡Qué extraño que nunca lo hubiera pensado así antes! Y sin embargo, explicaba por qué se tomaba tanto el cuidado de salir de casa a la misma hora cada semana—para no llegar tarde a la actuación—y también explicaba por qué tenía una sensación bastante rara y tímida al contarles a sus alumnos de inglés cómo pasaba sus tardes de domingo. ¡No es de extrañar! Miss Brill casi se rió en voz alta. Estaba en el escenario.

Pensó en el viejo caballero inválido al que le leía el periódico cuatro tardes a la semana mientras él dormía en el jardín. Se había acostumbrado bastante a la cabeza frágil sobre la almohada de algodón, los ojos hundidos, la boca abierta y la nariz alta y prensada. Si él hubiera muerto, quizás no lo habría notado durante semanas; no le habría importado. Pero de repente él sabía que le estaban leyendo el periódico una actriz. “¡Una actriz!” La vieja cabeza se levantó; dos puntos de luz temblaban en los viejos ojos. “¿Una actriz?!” Y Miss Brill alisó el periódico como si fuera el manuscrito de su papel y dijo suavemente: “Sí, he sido actriz por mucho tiempo.”

La banda había estado descansando. Ahora comenzaron de nuevo. Y lo que tocaban era cálido, soleado, pero había solo un leve frío—¿algo qué era?—no tristeza—no, no tristeza—algo que te hacía querer cantar. La melodía se elevó, se elevó, la luz brilló; y le pareció a Miss Brill que en otro momento todos ellos, toda la compañía entera, comenzarían a cantar. Los jóvenes, los que reían y se movían juntos, empezarían, y las voces de los hombres, muy resueltas y valientes, se unirían a ellas. Y luego ella también, ella también, y los demás en los bancos—entrarían con una especie de acompañamiento—algo bajo, que apenas subía o bajaba, algo tan hermoso—moviente... Y los ojos de Miss Brill se llenaron de lágrimas y miró sonriendo a todos los demás miembros de la compañía. Sí, entendemos, entendemos, pensó—aunque lo que entendían ella no lo sabía.

Justo en ese momento un niño y una niña llegaron y se sentaron donde había estado la pareja de ancianos. Estaban bellamente vestidos; estaban enamorados. El héroe y la heroína, por supuesto, acababan de llegar de yate de su padre. Y aún cantando silenciosamente, aún con esa sonrisa temblorosa, Miss Brill se preparó para escuchar.

—No, ahora no —dijo la niña—. No aquí, no puedo.

—¿Pero por qué? ¿Por esa estúpida cosa al final? —preguntó el niño—. ¿Por qué viene aquí en absoluto—quién la quiere? ¿Por qué

no guarda su tonta carita en casa?

—Es su piel que es tan divertida —se rió la niña—. Es exactamente como una eglefin frita.

—¡Ah, lárgate! —dijo el niño en un susurro enojado. Luego: — Cuéntame, ma petite chère—

—No, no aquí —dijo la niña—. No todavía.

.

De camino a casa normalmente compraba una rebanada de pastel de miel en la panadería. Era su golosina de domingo. A veces había una almendra en su rebanada, a veces no. Hacía una gran diferencia. Si había una almendra era como llevarse a casa un pequeño regalo—una sorpresa—algo que muy bien podría no haber estado allí. Se apresuraba en los domingos con almendra y encendía el fósforo para el hervidor de una manera bastante audaz.

Pero hoy pasó de largo la panadería, subió las escaleras, entró en la pequeña habitación oscura—su habitación como un armario—y se sentó en el edredón rojo. Se quedó allí mucho tiempo. La caja de la que venía la piel estaba en la cama. Desabrochó rápidamente el collar; rápidamente, sin mirar, lo colocó dentro. Pero cuando puso la tapa pensó que oyó algo llorar.

1. [La señorita Brill - Katherine Mansfield](#)
2. [La señorita Brill](#)

iGracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**